



AQUEL PERONISMO DE JUGUETE

Oswaldo Soriano

AQUEL PERONISMO DE JUGUETE

Oswaldo Soriano

Cuando yo era chico Perón era nuestro Rey Mago: el 6 de enero bastaba con ir al correo para que nos dieran un oso de felpa, una pelota o una muñeca para las chicas. Para mi padre eso era una vergüenza: hacer la cola delante de una ventanilla que decía “Perón cumple, Evita dignifica”, era confesarse pobre y peronista. Y mi padre, que era empleado público y no tenía la tozudez de Bartleby el escribiente, odiaba a Perón y a su régimen como se aborrecen las peras en compota o ciertos pecados tardíos.

Estar en la fila agitaba el corazón: ¿quedaría todavía una pelota de fútbol cuando llegáramos a la ventanilla? ¿O tendríamos que contentarnos con un camión de lata, acaso con la miniatura del coche de Fangio? Mirábamos con envidia a los chicos que se iban con una caja de los soldaditos de plomo del general San Martín: ¿se llevaban eso porque ya no había otra cosa, o porque les gustaba jugar a la guerra? Yo rogaba por una pelota, de aquellas de tiento, que tenían cualquier forma menos redonda.

En aquella tarde de 1950 no pude tenerla. Creo que me dieron una lancha a alcohol que yo ponía a navegar en un hueco lleno de agua, abajo de un limonero. Tenía que hacer olas con las manos para que avanzara. La caldera funcionó sólo un par de veces pero todavía me queda la nostalgia de aquel *chuf, chuf, chuf*, que parecía un ruido de verdad, mientras yo soñaba con islas perdidas y amigos y novias de diecisiete años. Recuerdo que ésa era la edad que entonces tenían para mí las personas grandes.



Duración
9'10"

Rara vez la lancha llegaba hasta la otra orilla. Tenía que robarle la caja de fósforos a mi madre para prender una y otra vez el alcohol y Juana y yo, que íbamos a bordo, enfrentábamos tiburones, alimañas y piratas emboscados en el Amazonas pero mi lancha peronista era como esos petardos de Año Nuevo que se quemaban sin explotar.

El General nos envolvía con su voz de mago lejano. Yo vivía a mil kilómetros de Buenos Aires y la radio de onda corta traía su tono ronco y un poco melancólico. Evita, en cambio, tenía un encanto de madre severa, con ese pelo rubio atado a la nuca que le disimulaba la belleza de los treinta años.

Mi padre desataba su santa cólera de contrera y mi madre cerraba puertas y ventanas para que los vecinos no escucharan. Tenía miedo de que perdiera el trabajo. Sospecho que mi padre, como casi todos los funcionarios, se había rebajado a aceptar un carné del Partido para hacer carrera en Obras Sanitarias. Para llegar a jefe de distrito en un lugar perdido de la Patagonia, donde exhortaba al patriotismo a los obreros peronistas que instalaban la red de agua corriente.

Creo que todo, entonces, tenía un sentido fundador. Aquel “sobrestante” que era mi padre tenía un solo traje y dos o tres corbatas, aunque siempre andaba impecable. Su mayor ambición era tener un poco de queso para el postre. Cuando cumplió cuarenta años, en los tiempos de Perón, le dieron un crédito para que se hiciera una casa en San Luis. Luego, a la caída del General, la perdió, pero seguía siendo un antiperonista furioso.

Después del almuerzo pelaba una manzana, mientras oía las protestas de mi madre porque el sueldo no alcanzaba. De pronto golpeaba el puño sobre la mesa y gritaba: “¡No me voy a morir sin verlo caer!”. Es un recuerdo muy intenso que tengo, uno de los más fuertes de mi infancia: mi padre pudo cumplir su sueño en los lluviosos días de setiembre de 1955, pero Perón se iba a vengar de sus enemigos y también de mi viejo que se murió en 1974, con el general de nuevo en el gobierno.

En el verano del 53, o del 54, se me ocurrió escribirle. Evita ya había muerto y yo había llevado el luto. No recuerdo bien: fueron unas pocas líneas y él debía recibir tantas cartas que enseguida me olvidé del asunto. Hasta que un día un camión del correo se detuvo frente a mi casa y de la caja bajaron un paquete enorme con una esquela breve: “Acá te mando las camisetas. Pórtense bien y acuérdense de Evita que nos guía desde el cielo”. Y firmaba Perón, de puño y letra. En el paquete había diez camisetas blancas con cuello rojo y una

amarilla para el arquero. La pelota era de tiento, flamante, como las que tenían los jugadores en las fotos de *El Gráfico*.

El General llegaba lejos, más allá de los ríos y los desiertos. Los chicos lo sentíamos poderoso y amigo. “En la Argentina de Evita y de Perón los únicos privilegiados son los niños”, decían los carteles que colgaban en las paredes de la escuela. ¿Cómo imaginar, entonces, que eso era puro populismo demagógico?

Cuando Perón cayó, yo tenía doce años. A los trece empecé a trabajar como aprendiz en uno de esos lugares de Río Negro donde envuelven las manzanas para la exportación. *Choice* se llamaban las que iban al extranjero; *standard* las que quedaban en el país. Yo les ponía el sello a los cajones. Ya no me ocupaba de Perón: su nombre y el de Evita estaban prohibidos. Los diarios llamaban “tirano prófugo” al General. En los barrios pobres las viejas levantaban la vista al cielo porque esperaban un famoso avión negro que lo traería de regreso.

Ese verano conocí mis primeros *anarcos* y *rojos* que discutían con los peronistas una huelga larga. En marzo abandonamos el trabajo. Cortamos la ruta, fuimos en caravana hasta la plaza y muchos gritaban “Viva Perón, carajo”. Entonces cargaron los cosacos y recibí mi primera paliza política. Yo ya había cambiado a Perón por otra causa, pero los garrotazos los recibía por peronista. Por la lancha a alcohol que casi nunca anduvo. Por las camisetas de fútbol y la carta aquella que mi madre extravió para siempre cuando llegó la Libertadora.

No volví a creer en Perón, pero entiendo muy bien por qué otros necesitan hacerlo. Aunque el país sea distinto, y la felicidad esté tan lejana como el recuerdo de mi infancia al pie del limonero, en el patio de mi casa. ■

AQUEL PERONISMO DE JUGUETE

Oswaldo Soriano

BREVE RESEÑA PARA EL DOCENTE

Una pintura del país a comienzo de los años 50 en la evocación de un niño que recuerda la ilusión con que esperaba, cada 6 de Enero, obtener los juguetes que Eva Perón repartía entre *los únicos privilegiados*. Muerta Evita, el chico, ya casi adolescente, decide escribirle una carta al General pidiendo las once camisetas necesarias para el equipo barrial de fútbol. Y Perón llegaba lejos, más allá de los ríos y los desiertos.

PRESENTACIÓN DEL CUENTO A LOS ESTUDIANTES

Un niño envía una carta a Perón pidiéndole una pelota y once camisetas para armar un equipo de fútbol en el barrio. Evita ya ha muerto y las posibilidades de lograrlo son inciertas. Pero el General cumple con su deseo y un camión llega hasta su casa con el soñado regalo.

DATOS SOBRE EL AUTOR

Oswaldo Soriano nació en Mar del Plata, el 6 de enero de 1943. Tuvo una infancia nómada ya que su padre de oficio electrotécnico, empleado de Obras Sanitarias, era trasladado con frecuencia a distintas ciudades del interior. En la adolescencia comenzó a escribir cuentos aunque su principal afición era el fútbol, deporte que practicó con pasión y que incluso le reportó algún dinero.

La familia se muda luego a Tandil donde Oswaldo trabaja en una metalúrgica y se inicia en el periodismo en un diario local. En 1969 decide probar suerte en Buenos Aires donde rápidamente consigue colaboraciones en diversos medios gráficos. Es así como trabajará para Primera Plana, Panorama,

La Opinión y El Cronista Comercial junto a escritores como Tomás Eloy Martínez, Juan Gelman, Roberto Cossa, Rodolfo Walsh o Francisco Urondo.

Es precisamente la sección “Historias de vida”, en el diario La Opinión la que lo estimula para esbozar su primera novela *Triste, solitario y final* que recrea la historia de Laurel y Hardy, los famosos *el Gordo* y *el Flaco*. Cuando el libro se publica, en 1973, se convierte en un éxito de ventas, obtiene el Premio Casa de las Américas de Cuba y es traducido a 12 idiomas.

Luego del golpe de estado de 1976, Soriano viaja a Bélgica y posteriormente a París donde vivirá hasta 1984. En el exilio funda un periódico en el que se denuncian las desapariciones y crímenes de la Junta Militar argentina y escribe para el diario Il Manifesto de Roma. Publica las novelas *No habrá más penas ni olvido* (1978), llevada al cine en 1983 y premiada con el Oso de Plata del Festival de Berlín; y *Cuarteles de invierno* (1980), calificada como la mejor novela extranjera del año 1981 en Italia, y que también será filmada posteriormente.

A su regreso a la Argentina en 1984 participa en diversos proyectos editoriales que renuevan el periodismo en la nueva etapa constitucional: El Periodista y luego el diario Página/12 en el que trabajará hasta su muerte.

Es autor de las novelas: *A sus plantas rendido un león* (1986); *Una sombra ya pronto serás* (1990); *El ojo de la patria* (1992); *La hora sin sombra* (1996); también de los libros de relatos *Artistas, locos y criminales* (1984); *Rebeldes, soñadores y fugitivos* (1987); *Cuentos de los años felices* (1993); *Piratas, fantasmas y dinosaurios* (1996); *Memorias del Mister Peregrino Fernández y otros relatos de fútbol* (1998) y *Arqueros, Ilusionistas y Goleadores* (2006). Fue distinguido con el Premio Raymond Chandler (Italia) y el Diploma al Mérito en Letras otorgado por la Fundación Konex de Argentina.

Muere en Buenos Aires, el 29 de enero de 1997.



ENLACES

Soriano lee *A qué peronismo de juguete* y rememora su infancia en esa época feliz

https://www.youtube.com/watch?feature=player_detailpage&v=c-eH59BFD4U

